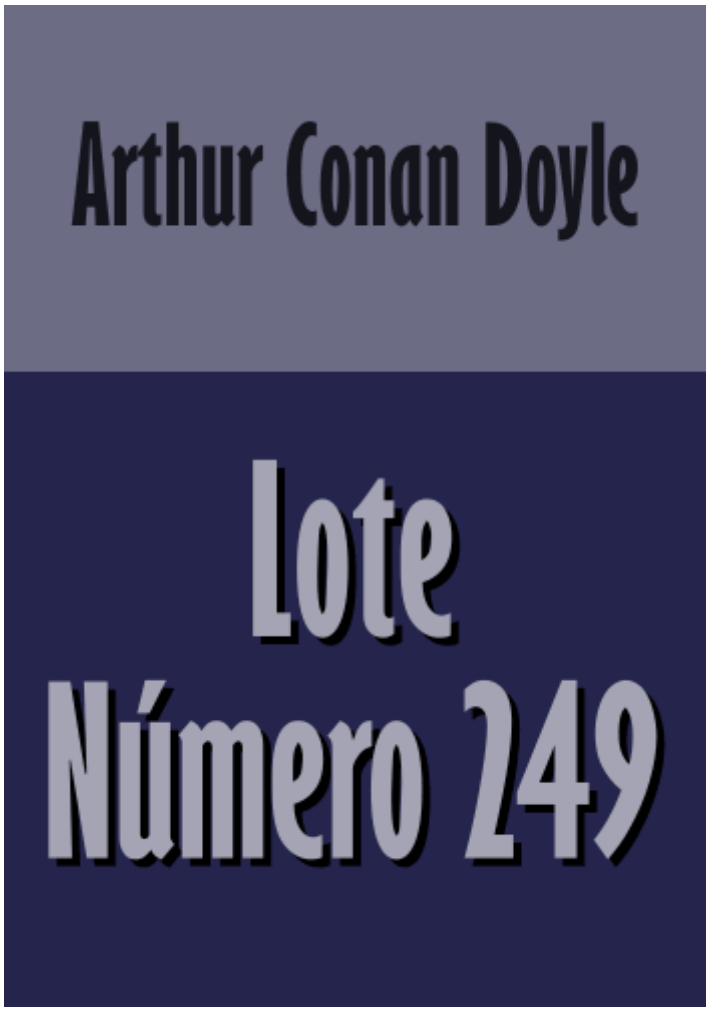
LIBRO dot.com

Lote Número 249

Arthur Conan Doyle



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Es posible que no pueda pronunciarse jamás un juicio absoluto y definitivo acerca de las relaciones de Edward Bellingham con William Monkhouse Lee, ni sobre la causa que motivó el gran terror de Abercrombie Smith. Es verdad que poseemos un relato completo y claro del propio Smith, así como determinadas corroboraciones que pudo encontrar en hombres como Thomas Styles, el sirviente; del reverendo Plumptree Peterson, miembro del Old College, y de otras personas que tuvieron oportunidad de obtener una visión pasajera de este o aquel incidente, dentro de una singular cadena de sucesos. No obstante, en lo esencial, la historia se apoya sólo en el testimonio de Smith, y la mayoría se inclinará a pensar que es más probable que un cerebro aparentemente sano sufra una sutil deformación en su textura, algún extraño defecto en su funcionamiento, que el hecho de que se haya transgredido el camino de la Naturaleza, a pleno día, en un centro de enseñanza tan afamado como la Universidad de Oxford. Sin embargo, cuando nos paramos a pensar en lo estrecho y tortuoso que es ese sendero de la Naturaleza, en lo confusamente que podemos trazarlo, a pesar de todas las luces de la ciencia, y en cómo surgen misteriosamente de la oscuridad que lo rodea enormes y terribles posibilidades, llegamos a la conclusión de que tiene que ser audaz y seguro de sí mismo el hombre capaz de poner un límite a los extraños senderos laterales por los que puede vagar el espíritu humano.

En la esquina de una de las alas de lo que llamaremos el Old College de Oxford se alza una antiquísima torre. El pesado arco que se extiende sobre el hueco de la puerta ha declinado bajo el peso de los años, y los bloques de piedra gris mordida por el liquen están unidos por tallos y filamentos de hiedra, como si la vieja madre se hubiera esforzado por asegurarlos contra el viento y la intemperie. Desde la puerta asciende en espiral una escalera de piedra, con dos descansillos intermedios y un tercero donde concluye. Los peldaños están desgastados y deformados por las pisadas de las generaciones de buscadores del conocimiento que se han ido sucediendo. La vida se ha deslizado como el agua por los escalones de la sinuosa escalera y, como el agua, ha dejado atrás estos surcos de piedra desgastada. Desde los pedantes estudiosos de largas togas de los tiempos de Plantagenet hasta los jóvenes calaveras de épocas posteriores, qué pictórica y fuerte ha sido esa corriente de joven vida inglesa. ¿Y qué queda ahora de todas aquellas esperanzas, de todas aquellas aspiraciones, de toda aquella energía impetuosa, excepto unas cuantas letras grabadas sobre la piedra el algún viejo cementerio, y acaso un puñado de polvo en un féretro carcomido? Sin embargo, allí permanecía la silenciosa escalera y el viejo muro gris, con sus bandas, sautores y otros emblemas heráldicos, como si fueran sombras grotescas proyectadas desde los tiempo pasados.

En el mes de mayo de 1884, tres hombres ocupaban los grupos de habitaciones que daban a los distintos descansillos de la vieja escalera. Cada grupo constaba simplemente de un cuarto de estar y un dormitorio, mientras que las dos habitaciones correspondientes de la planta baja se empleaban, una como carbonera y la otra como vivienda del sirviente Thomas Styles, cuya ocupación principal consistía en atender a los tres hombres de arriba. A derecha e izquierda había una hilera de salas de conferencias y despachos, de manera que los habitantes de la vieja torre disfrutaban de cierta independencia, lo cual confería a estos aposentos una gran popularidad entre los estudiantes más aplicados. Así eran los tres estudiantes que las ocupaban ahora: Abercrombie Smith en el piso superior, Edward Bellingham en el intermedio y William Monkhouse Lee en el inferior. Eran las diez en punto de una noche clara de primavera y Abercrombie Smith descansaba en su sillón con los pies apoyados sobre

el guardafuego y la pipa de gelantina entre los labios. Al otro lado de la chimenea, en un sillón similar y en actitud igualmente cómoda, descansaba su viejo amigo de escuela Jephro Hastie. Los dos hombres vestían traje de franela, pues habían pasado la tarde en el río. Pero, aparte de los trajes, bastaba fijarse en sus rostros despiertos, de rasgos marcados, para darse cuenta de que eran hombres que gustaban del aire libre, hombres cuya voluntad y gustos se dirigían de forma natural hacia todo lo que fuera masculino y enérgico. Hastie, desde luego, era primer remero de la embarcación de su colegio, y Smith era incluso mejor remero que él, pero los exámenes proyectaban ya su sombra sobre ellos y Smith estaba volcado en el trabajo, salvo unas pocas horas a la semana que dedicaba a su salud. Un montón desordenado de libros de medicina, huesos, modelos y placas anatómicas diseminados sobre la mesa revelaban la extensión y la naturaleza de sus estudios, mientras que un par de *sticks* y un juego de guantes de boxeo colocados encima de la chimenea indicaban los medios de que se valía, con la ayuda de Hastie, para realizar sus ejercicios de la forma más cómoda y regular. Los dos amigos se conocían muy bien... tan bien que podían estar sentados en medio de un silencio tranquilizador, lo cual constituye el más alto desarrollo de la amistad.

Toma un poco de whisky —dijo por fin Abercrombie Smith entre dos nubes de humo—. Hay escocés en la jarra e irlandés en la botella.

—No, gracias, me estoy preparando para las regatas. No bebo cuando estoy entrenando. Y tú, ¿no bebes?

—Estoy estudiando duro. Creo que es mejor prescindir de ello.

Hastie asintió con un movimiento de cabeza y volvieron *a* caer en un silencio acogedor.

—A propósito, Smith —preguntó Hastie al poco tiempo—, ¿no te has relacionado todavía con los dos tipos de la escalera?

—Nos saludamos cuando nos encontramos. Nada más.

—¡Hum! Pues yo me inclinaría a dejarlo en ese punto. Tengo información sobre ellos. No demasiada, pero me basta. Si estuviera en tu lugar, no creo que intimase con ellos. Y con esto no quiero decir nada malo de Monkhouse Lee.

—¿Te refieres al delgado?

—Exacto. Es un tipo distinguido. No creo que tenga ningún vicio. Pero no puedes tratar con él sin tratar también con Bellingham.

—¿El gordo?

—Sí, el gordo. Es un hombre al que yo preferiría no conocer.

Abercrombie Smith arqueó las cejas y miró fijamente a su compañero.

—¿Qué pasa con él? —preguntó—. ¿Bebe? ¿Juega a las cartas? ¿Es un canalla? Tú no sueles ser tan crítico.

—¡Ah! Está claro que no le conoces, de lo contrario no me preguntarías. Hay algo detestable en ese individuo... algo que recuerda a los reptiles. Me da asco. Yo le clasificaría como un hombre con vicios secretos... un bilioso perverso. Aunque no es

tonto. Dicen que en su especialidad es uno de los mejores que han pasado por este colegio.

—¿Medicina o clásicas?

—Lenguas orientales. Es un verdadero demonio para las lenguas. Hace tiempo se lo encontró Chillingworth en algún lugar situado por encima de la segunda catarata, y me contó que hablaba con los árabes como si hubiera nacido y le hubieran destetado y criado entre ellos. Hablaba copto con los coptos, hebreo con los judíos y árabe con los beduinos, y todos ellos habrían estado dispuestos a besarle la levita. En aquellas regiones hay viejos ermitaños que viven en las rocas y se mofan y escupen a los extranjeros casuales que pasan por allí. Pues bien, en cuanto veían al tal Bellingham, antes de que pronunciara cinco palabras, ya estaban ellos con la panza en el suelo, haciendo contorsiones. Chillingworth aseguraba que nunca había visto algo semejante. Y Bellingham, al parecer, se lo tomaba como un derecho y se paseaba pavoneándose entre ellos y les hablaba dándose aires de superioridad, como si fuera su viejo tío holandés. No está mal para un estudiante del Old College, ¿verdad?

—¿Y por qué dices que no se puede tratar a Lee sin tratar también con Bellingham?

—Porque Bellingham está comprometido con su hermana Eveline. ¡Qué chica tan simpática, Smith! Conozco bien a toda la familia. Me repugna ver al bruto ese con ella. Un sapo y una paloma... eso es lo que me viene siempre a la mente.

Abercrombie Smith sonrió y vació la pipa golpeando la cazuela contra la pared de la chimenea.

—Amigo, has puesto todas las cartas sobre la mesa —dijo—. ¡Prejuicios, desconfianza y celos! No tienes nada realmente en contra del tipo, excepto eso.

—Bueno, yo la conozco desde que levantaba del suelo lo que esta pipa de cerezo, y no me hace gracia verla correr riesgos. Y éste es un riesgo. Ese hombre parece una bestia. Y tiene el carácter de una bestia... un carácter venenoso. ¿Te acuerdas de su pelea con Long Norton?

—No. Siempre olvidas que soy nuevo.

—Ocurrió el invierno pasado, tienes razón. Bueno, ya conoces el camino de sirga que hay a lo largo del río. Por él marchaban varios compañeros, con Bellingham a la cabeza, cuando se encontraron con una vieja del mercado que venía en dirección contraria. Había llovido —ya sabes cómo se ponen esos campos cuando llueve— y el camino discurría entre el río y un gran charco casi tan ancho como el propio río. Bien, ¿qué hizo ese cerdo? No ceder el paso y empujar a la vieja, que cayó al barro con todas sus mercancías y quedó hecha un verdadero desastre. Fue una maldita canallada, y Long Norton, que es un tipo educado, le dijo lo que pensaba al respecto.

Una palabra llevó a otra y al final Norton terminó por aporrear las espaldas de su compañero con el bastón. Se produjo un alboroto tremendo, y ahora es un placer ver de qué manera mira Bellingham a Norton cuando se encuentran. ¡Por Júpiter, Smith, son casi las once!

—No hay prisa. Enciende otra pipa.

—No puedo. Se supone que estoy entrenando. Estoy sentado aquí, chismorreando, cuando debería estar a salvo en la cama. Cogeré prestada tu calavera, si puedes prescindir de ella. Le dejé la mía a Williams durante un mes. Me llevaré también estos huesecillos del oído, si estás seguro de que no vas a necesitarlos. Muchas gracias. No me hace falta una maleta, puedo llevarlos perfectamente bajo el brazo. Buenas noches, amigo, y sigue mis consejos acerca de tu vecino.

Cuando dejó de oírse el eco de las pisadas de Hastie, que iba cargado con su botín anatómico por la tortuosa escalera, Abercrombie Smith arrojó la pipa al canasto de los papeles, acercó la silla a la lámpara y se sumergió en el estudio de un formidable mamotreto de tapas verdes, ilustrado con grandes mapas a colores de aquel extraño reino interior del cual somos monarcas incapaces y desventurados. Aunque nuevo en Oxford, no lo era en el estudio de la medicina, pues había trabajado cuatro años en Glasgow y en Berlín, y si pasaba el examen que se avecinaba, entraría a formar parte de la profesión médica. Con su boca grave y severa, su frente amplia y unos rasgos bien perfilados, aunque algo duros, era un hombre que si bien no tenía un talento brillante, era tan tenaz, tan paciente y enérgico que al final podía alcanzar a los genios más notables. Un hombre capaz de mantener su terreno entre escoceses y alemanes del norte no retrocede con facilidad. Smith había dejado una reputación en Glasgow y Berlín, y ahora se proponía hacer otro tanto en Oxford, si el trabajo duro y la abnegación se lo permitían.

Llevaba estudiando cerca de un ahora, y las manecillas del ruidoso reloj colocado en un lateral de la mesa iban rápidamente a juntarse encima del número doce, cuando un sonido inesperado llegó a los oídos del estudiante... un sonido agudo y estridente, como el jadeo dificultoso de un hombre sometido a una fuerte emoción. Smith dejó el libro y ladeó la cabeza para escuchar. No se oía nada ni a derecha ni a izquierda, ni por encima de él, de modo que aquella interrupción provenía seguramente del vecino de abajo, el mismo vecino del que Hastie acababa de darle informes tan desagradables. Smith apenas sabía nada de él, salvo que era un hombre de cara pálida y fofa, entregado al silencio y al estudio, un hombre cuya lámpara proyectaba un haz de luz desde la vieja torre incluso después de que él hubiera apagado la suya. Ese hábito compartido de estudiar hasta altas horas de la noche había creado entre ellos una especie de vínculo silencioso. Cuando las horas se deslizaban calladamente hacia el amanecer, Smith se sentía aliviado al saber que había alguien en su cercanía que concedía tan poco valor como él al sueño. Incluso ahora, al dirigir sus pensamientos hacia él, sentía cierta simpatía. Hastie era un buen tipo, pero algo tosco y nervioso, desprovisto de imaginación o simpatía. No podía tolerar que alguien se apartara de lo que él consideraba el modelo tipo de lo masculino. Si un hombre no podía ser medido de acuerdo con el reglamento de una escuela pública, entonces era inaceptable para Hastie. Al igual que la mayoría de los hombres de cuerpo robusto, tenía tendencia a confundir la constitución con el carácter, a atribuir una falta de principios morales a lo que en realidad no era más que un problema de circulación sanguínea. Smith, que poseía una mente más despierta, conocía el carácter de su amigo, y lo tuvo en consideración ahora que sus pensamientos se dirigían hacia el hombre que vivía debajo de él.

No se había vuelto a producir aquel extraño sonido, y Smith estaba a punto de reanudar su trabajo una vez más, cuando el silencio de la noche fue quebrado por un grito sordo, un verdadero quejido, como el de un hombre zarandeado violentamente más allá de su capacidad de control. Smith saltó de la silla y dejó el libro. Era un

hombre de nervios templados, pero había algo en aquel repentino e incontrolado alarido de horror que le heló la sangre y le puso la piel de gallina. El hecho de que se produjera en un lugar como aquél y a una hora semejante, le hizo imaginar un millar de fantásticas posibilidades. ¿Debería bajar corriendo, o sería mejor esperar?

Sentía esa especie de repugnancia nacional a hacer una escena y sabía tan poco de su vecino que se resistía a entrometerse alegremente en sus asuntos. Durante unos instantes le invadió la duda, pero mientras reflexionaba en el tema se escucharon en la escalera unos pasos precipitados y el joven Monkhouse Lee, a medio vestir y blanco como la ceniza, irrumpió en el cuarto.

—¡Baja! —jadeó—. Bellingham está enfermo.

Abercrombie Smith le siguió escaleras abajo hasta el cuarto de estar que había debajo del suyo y, a pesar de que su atención estaba concentrada en lo ocurrido, no pudo evitar echar un vistazo curioso a su alrededor. Nunca había visto una habitación semejante: -parecía más un museo que un cuarto de estudio. Las paredes y el techo estaban cubiertos con un millar de extrañas reliquias de Egipto y del Oriente. Figuras altas y angulosas, algunas con pesados fardos y otras con armas, acechaban en un inculto friso que se extendía alrededor de las cuatro paredes. Por encima destacaban estatuas con cabeza de toro, de cigüeña, de gato o de lechuza, junto a monarcas de ojos almendrados y coronas de víboras, y divinidades extrañas, como escarabajos, talladas en lapislázuli de Egipto. Horus, Isis y Osiris miraban furtivamente desde los nichos y estanterías, mientras que el cielo raso estaba cruzado por un verdadero hijo del viejo Nilo, un cocodrilo enorme de mandíbula colgante, sujeto por una doble lazada.

En el centro de esta extravagante habitación se encontraba una gran mesa cuadrada, atestada de papeles, botellas y hojas secas de una planta elegante, similar a la palmera. Estos objetos dispares habían sido amontonados para dejar sitio a la caja de una momia, que había sido transportada desde la pared —como evidenciaba el hueco que quedaba allí— y colocada en la parte delantera de la mesa. La propia momia, una cosa horrenda, negra y arrugada, como una cabeza chamuscada en un arbusto retorcido, estaba casi fuera de la caja, con una mano que parecía más bien una garra y un huesudo antebrazo que descansaba encima de la mesa. Apoyado contra la pared de la caja había un amarillento rollo de papiro, y frente a él, en una silla de madera, estaba sentado el dueño de la habitación, con la cabeza hacia atrás y los ojos dilatados que miraban con horror hacia el cocodrilo que había colgado en el techo, en tanto que los labios amoratados y secos resoplaban pesadamente a cada exhalación de aire.

—¡Dios mío! Se está muriendo —gritó como un loco Monkhouse Lee.

Era un joven delgado, bien parecido, de cutis moreno y ojos negros, más cerca del tipo español que del inglés, y con una exageración céltica en sus maneras que contrastaba con la flema sajona de Abercrombie Smith.

—No es más que un desmayo, creo —dijo el estudiante de medicina—. Échame una mano. Cógele de los pies. Ahora al sofá. ¿Puedes tirar de un puntapié todos esos pequeños demonios de madera? ¡Vaya desorden! Ahora se recuperará si le desabrochamos el cuello y le damos un poco de agua. ¿Qué diablos le ha ocurrido?

—No lo sé. Escuché un grito y salí corriendo. Yo trato mucho con él, ya sabes.

Has sido muy amable al venir.

—Su corazón late como un par de castañuelas —dijo Smith, colocando la mano en el pecho de aquel hombre inconsciente—. Me parece que el miedo le ha dejado fuera de combate. ¡Échale un poco de agua! ¡Vaya cara que tiene!

Desde luego, era una cara extraña y de lo más repelente, pues el color y el perfil eran igualmente antinaturales. No estaba pálida, al menos no con la palidez propia del miedo, sino con una blancura exangüe, como la cara inferior de un lenguado. Era muy gordo, pero daba la impresión de haber sido todavía más gordo en otro tiempo, porque la piel le colgaba fofa, con arrugas y pliegues, y la cara aparecía surcada por multitud de arrugas. Sus cabellos eran de color oscuro, duros y erizados como cerdas, y tenía unas orejas gruesas y arrugadas que sobresalían a cada lado. Los ojos de color gris claro estaban abiertos todavía, las pupilas dilatadas y los globos de los ojos como perdidos en una mirada de horror. Mientras le examinaba, Smith tenía la impresión de no haber visto jamás de forma tan evidente como en aquel rostro las señales de peligro que suele colocar la Naturaleza, y sus pensamientos volvieron con mayor seriedad a las advertencias que Hastie le había hecho tan sólo una hora antes.

—¿Pero qué demonios ha podido asustarle así? —preguntó.

—La momia.

—¿La momia? ¿Por qué?

—No lo sé. Es monstruosa y mórbida. Me gustaría que se deshiciera de ella. Este es el segundo susto que me da. El pasado invierno ocurrió lo mismo. Me lo encontré igual, con esa cosa horrible frente a él.

—Pero ¿qué pretende hacer con la momia?

—Bueno, es un maniático. Es su afición. Sabe más sobre estas cosas que cualquier hombre en Inglaterra. Yo preferiría que no supiera tanto... Creo que vuelve en sí.

Una pizca de color empezó a extenderse por las lívidas mejillas de Bellingham y sus párpados se estremecieron levemente, como la vela de una embarcación después de una calma chicha. Apretó y abrió las manos, respiró de forma profunda y lenta entre dientes, sacudió la cabeza y lanzó una mirada de reconocimiento a su alrededor. Cuando sus ojos se posaron en la momia, saltó del sofá, agarró el rollo de papiro y lo arrojó dentro de un cajón. Después lo cerró con llave y volvió tambaleándose al sofá.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué queréis, muchachos?

—Te pusiste a gritar y armaste un jaleo de mil diablos —dijo Monkhouse Lee—. No sé lo que habría hecho contigo si nuestro vecino de arriba no hubiera acudido en tu ayuda.

Bellingham hundió la cabeza entre las manos y estalló en una recalcitrante risa histérica.

—¡Basta! ¡Déjalo ya! —exclamó Smith, sacudiéndole bruscamente la espalda—. Tienes los nervios de punta. Tienes que olvidar por esta noche esos juegos con las momias o acabarás chiflado. Ahora mismo estás como un hilo de telégrafo.

—Me pregunto —dijo Bellingham— si tú estarías tan sereno como yo si hubieses

visto...

—¿Qué?

—¡Oh, nada! Me pregunto si serías capaz de permanecer de noche con una momia sin que se te alterasen los nervios. No dudo que tengas razón. Puede que haya trabajado demasiado últimamente, pero estoy bien ahora. No te vayas, por favor. Espera unos minutos, hasta que me haya tranquilizado.

—La atmósfera de la habitación está muy cargada —señaló Lee, abriendo la ventana y dejando que entrara el aire frío de la noche.

—Es resina balsámica —dijo Bellingham. Cogió una de las hojas secas que había encima de la mesa y la retorció encima del tubo de la lámpara. La hoja dejó escapar pesadas volutas de humo y la habitación se llenó de un aroma espeso y picante—. Esta es la planta sagrada... la planta de los sacerdotes —remarcó—. ¿Conoces algo de las lenguas orientales, Smith?

—Nada. Ni una palabra.

La respuesta pareció quitarle un peso de encima al egiptólogo.

—A propósito —continuó—, ¿cuánto tiempo transcurrió desde que bajaste hasta que recobré mis sentidos?

—No mucho. Cuatro o cinco minutos.

—Ya me imaginaba que no podía haber sido mucho —dijo, respirando profundamente—. Pero ¡qué extraña es la inconsciencia! No existe medida para ella. Yo no podría decir, según mis propias sensaciones, si fueron segundos o semanas. Ese caballero que está encima de la mesa fue embalsamado en los tiempos de la undécima dinastía, hace unos cuarenta siglos, pero si pudiera accionar su lengua nos diría que este lapso de tiempo no ha sido más que un abrir y cerrar de ojos. Es una momia especialmente distinguida, Smith.

Smith se acercó a la mesa y examinó con mirada profesional la forma negra y retorcida que tenía delante. Aunque horriblemente descoloridas, las facciones se conservaban perfectas, y dos ojillos parecidos a avellanas, seguían acechando desde las profundidades de las cuencas negras y cavernosas. La piel, cubierta de erupciones, aparecía tirante de un hueso a otro, y una maraña de cabellos gruesos y negros le caía por encima de las orejas. Dos dientes finos, semejantes a los de una rata, sobresalían por encima del labio inferior. Tal y como estaba, en una postura encogida, con las articulaciones dobladas y la cabeza estirada, aquel engendro horroroso sugería una vitalidad tan grande que el propio Smith se sobresaltó. Las costillas chupadas, recubiertas por algo que parecía pergamino, estaban al descubierto, y el abdomen, hundido y de color plomizo, mostraba la larga hendidura donde el embalsamador había dejado su marca. Sin embargo, los miembros inferiores estaban envueltos en un tosco vendaje amarillento. Desparramados por el cuerpo y el interior de la caja se veían pequeños trozos de algo similar a clavos de mirra y de casia.

—Ignoro su nombre —dijo Bellingham, pasando la mano sobre la arrugada cabeza—. Como ves, el sarcófago exterior, que es el que lleva las inscripciones, se ha perdido. El título que tiene ahora es lote 249. Está escrito en la caja. Ese es el número que tenía en la subasta donde lo adquirí.

—En sus tiempos debió de ser un tipo atractivo —observó Abercrombie Smith.

—Fue un gigante. La momia mide seis pies y siete pulgadas, y eso le convertiría en un gigante, porque los egipcios no fueron una raza demasiado robusta. Palpa también estos huesos grandes y abultados: Debió ser un tipo poco recomendable para discutir con él.

—Quizás estas mismas manos ayudaron a colocar las piedras de las pirámides —sugirió Monkhouse Lee, observando con repugnancia los talones torcidos y sucios.

—Ni mucho menos. Este tipo fue conservado en natrón y cuidado con el estilo más refinado. No daban ese tratamiento a los simples peones. Con sal y betún tenían suficiente. Se calcula que esta clase de tratamiento venía a costar unas setecientas treinta libras de nuestra moneda actual. Nuestro amigo debió ser noble, por lo menos. ¿Qué piensas de esa pequeña inscripción que tiene cerca del pie, Smith?

—Ya te he dicho que no conozco ninguna lengua oriental.

—Ah, es cierto. Es el nombre del embalsamador, creo. Debe de haber sido un artesano muy concienzudo. Me gustaría saber cuántas obras modernas sobrevivirían durante cuatro mil años.

Siguió hablando en tono desenfadado y animado, pero a Abercrombie Smith le parecía evidente que todavía le palpitaba el corazón de miedo. Le temblaban las manos, el labio inferior se estremecía levemente, y sus ojos, donde quiera que mirasen, se detenían siempre en su horrible compañero. Pero, a pesar del miedo, en el tono de voz y en sus maneras se adivinaba la satisfacción del triunfo. Le brillaban los ojos, y sus pasos, cuando caminaba por la habitación, eran firmes y confiados. Daba la impresión de un hombre que ha pasado por una experiencia terrible, cuyas marcas permanecen todavía patentes en el cuerpo, pero que le había ayudado a conseguir su objetivo.

—¿Te vas ya? —exclamó cuando Smith se levantó del sofá.

Parecía que el miedo le asaltaba de nuevo ante la perspectiva de volver a la soledad, y extendió una mano para detenerle.

—Sí, debo irme. Tengo que volver a mis estudios. Ya estás bien, aunque tal y como tienes el sistema nervioso creo que sería recomendable que dejaras de lado tus morbosos estudios.

—Oh, por lo general no soy nervioso. No es la primera vez que le quito el vendaje a una momia.

—La última vez te desmayaste —observó Monkhouse Lee.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, debo tomar algún tónico para los nervios o un tratamiento de electricidad. Lee, tú no te vas, ¿verdad?

—Lo haré si lo deseas, Ned.

—Entonces bajaré contigo y me tumbaré un rato en tu sofá. Buenas noches, Smith. Siento haberte molestado con mi imprudencia.

Se estrecharon las manos, y mientras el estudiante de medicina subía por la irregular escalera, escuchó el sonido de una llave en la cerradura y los pasos de sus

Librodot

dos nuevos conocidos que descendían al piso inferior.

***

De esta extraña manera comenzó la amistad entre Edward Bellingham y Abercrombie Smith, una amistad que este último, al menos, no deseaba llevar más lejos. Bellingham, sin embargo, parecía haberse encaprichado con su vecino de lenguaje rudo, y sus atenciones alcanzaron tal grado que Smith a duras penas podía rechazarlas sin dar muestras de una absoluta brutalidad. Dos veces llamó a Smith para agradecerle su ayuda, y después fue a visitarle repetidamente con libros, documentos y toda clase de atenciones que dos vecinos solteros pueden ofrecerse recíprocamente. Pronto tuvo Smith ocasión de comprobar que se trataba de un hombre de vastas lecturas, con vocación universalista y una extraordinaria memoria. Además, sus modales eran tan exquisitos y agradables que al cabo de un tiempo uno pasaba por alto su aspecto repelente. Para un hombre cansado y aburrido del trabajo, Bellingham no resultaba un compañero desagradable, y con el correr de los días Smith se vio a sí mismo esperando con interés estas visitas, e incluso devolviéndoselas.

No cabía duda de que era un hombre extraordinariamente inteligente y, sin embargo, el estudiante de medicina creyó detectar en Bellingham una vena de locura, pues en ocasiones le sorprendía con manifestaciones grandilocuentes y fatuas que contrastaban con la simplicidad de su vida.

—Es maravilloso —exclamaba— sentir que uno puede dominar los poderes del bien y del mal... ya sea un ángel custodio o un demonio vengador.

También, en cierta ocasión, dijo de Monkhouse Lee:

—Lee es un buen muchacho, un muchacho honesto, pero carece de energía y ambición. No es un socio adecuado para un hombre capaz de grandes empresas. No es un socio adecuado para mí.

Cuando escuchaba estas insinuaciones e indirectas estúpidas, Smith se limitaba a chupar solemnemente su pipa, arqueaba las cejas y movía la cabeza, interponiendo pequeños consejos de sabiduría médica, como las virtudes de levantarse temprano y hacer vida al aire libre.

En los últimos tiempos Bellingham había contraído un hábito que Smith reconocía perfectamente como un heraldo de debilidad mental. Parecía estar hablando consigo mismo. A altas horas de la noche, cuando no era posible que le visitara persona alguna, Smith oía su voz en el piso inferior, sosteniendo un monólogo apagado y cauto, hasta convertirse en un susurro, pero perfectamente audible en medio del silencio. Este parloteo solitario molestaba y distraía al estudiante, de modo que se vio obligado más de una vez a hablar del asunto con su vecino. Bellingham, sin embargo, se sonrojaba ante esta acusación y negaba de forma tajante que hubiera proferido sonido alguno. A decir verdad, se mostraba más molesto de lo que la situación parecía requerir.

Si Abercrombie Smith albergaba alguna duda acerca del testimonio de sus oídos no habría tenido que ir muy lejos para encontrar una confirmación. Tom Styles, el

pequeño sirviente arrugado que venía atendiendo las necesidades de los moradores de la torre desde tiempos inmemoriales, estaba seriamente preocupado por el mismo tema.

—Perdóneme, señor —preguntó cierta mañana mientras efectuaba la limpieza del piso superior—, ¿cree usted que Mr. Bellingham está bien?

—¿Bien de qué, Styles?

—Sí. señor. Bien de la cabeza.

—¿Y por qué no va a estarlo?

—Bueno... no sé, señor. Ha cambiado sus costumbres últimamente. No es el mismo, aunque me atrevo a decir que no fue nunca un caballero de mi gusto, como Mr. Hastie o usted mismo, señor. Habla consigo mismo de una forma horrible. Me sorprende que no le moleste a usted. No sé qué hacer con él, señor.

—No sé por qué te preocupa, Styles.

—Pues me preocupa, Mr. Smith. Tal vez esté fuera de mi competencia, pero no puedo remediarlo. A veces me siento como el padre y la madre de mis jóvenes caballeros. Yo cargo con todo cuando las cosas se tuercen y se presentan los familiares. Pero Mr. Bellingham, señor... me gustaría saber quién se pasea a veces por su habitación cuando él está ausente y la puerta cerrada por fuera.

—¿Qué...? Estás diciendo tonterías, Styles.

—Puede que sí, señor, pero lo he oído más de una vez con mis propios oídos.

—Bobadas, Styles.

—Muy bien, señor. Toque la campanilla si me necesita.

Abercrombie Smith no dio ninguna importancia a las habladurías del anciano sirviente, pero pocos días después ocurrió un incidente que produjo un efecto desagradable en su espíritu y le trajo a la memoria las palabras de Styles.

Bellingham había subido a verle ya entrada la noche y le estaba entreteniendo con un interesante relato de las tumbas excavadas en las rocas de Beni Hassan, en el Alto Egipto, cuando Smith, cuyo oído era notablemente agudo, escuchó con claridad el sonido de una puerta que se abría en el descansillo de abajo.

—Alguien está entrando o saliendo de tu habitación —observó.

Bellingham su puso en pie de un salto y durante unos instantes permaneció sin saber qué hacer, con la expresión de un hombre dividido entre la incredulidad y el miedo.

—Creo que la cerré —tartamudeó—. Estoy casi seguro de que la cerré. Nadie ha podido abrirla.

—Ahora mismo estoy escuchando las pisadas de alguien que sube —dijo Smith.

Bellingham se precipitó afuera, cerró la puerta de golpe y corrió escaleras abajo. Smith le oyó detenerse a mitad de camino y creyó percibir el sonido de unos murmullos. Unos segundos después la puerta del piso de abajo se cerró, una llave

chirrió en la cerradura y Bellingham, con la cara pálida y cubierta de gotas de sudor, subió las escaleras una vez más y entró en la habitación.

—Todo está en orden —dijo, dejándose caer en una silla—. Ha sido ese estúpido perro. Ha abierto la puerta a base de empujones. No entiendo cómo me olvidé de cerrarla.

—Ignoraba que tuvieses un perro —dijo Smith, examinando con expresión pensativa el rostro alterado de su compañero.

—Sí, lo tengo desde hace muy poco. Tengo que deshacerme de él. Es excesivamente incómodo.

—Debe serlo, si te resulta tan complicado tenerlo encerrado. Yo habría pensado que sería suficiente con cerrar la puerta, sin echar la llave.

—Quería evitar que el viejo Styles le dejara salir. Es un perro valioso y me disgustaría perderlo.

—Yo también soy aficionado a los perros —dijo Smith, mirando fijamente a su compañero por el rabillo del ojo—. Tal vez pueda echarle una ojeada.

—Desde luego. Pero me temo que no puede ser esta noche. Tengo una cita. ¿Va bien aquel reloj? Entonces llevo ya un cuarto de hora de retraso. Discúlpame, por favor.

Cogió su gorra y salió apresuradamente de la habitación. A pesar de la cita, Smith le oyó entrar en su cuarto y echar la llave desde dentro.

Aquella conversación dejó una impresión desagradable en el ánimo del estudiante de medicina. Bellingham le había mentido, y lo había hecho de una forma tan burda que parecía que tenía razones casi desesperadas para ocultar la verdad. Sabía que su vecino no tenía perro. Sabía también que las pisadas que había oído en la escalera no pertenecían a un animal. ¿De quién eran, entonces? Había que considerar la declaración de Styles respecto a alguien que caminaba en la habitación cuando su dueño estaba ausente. ¿Se trataría de una mujer? Smith se inclinaba por esta suposición. En ese caso, si Bellingham fuera descubierto por las autoridades del colegio sería expulsado de forma deshonrosa, lo que tal vez explicaría el motivo de su ansiedad y sus falsedades. Sin embargo, parecía imposible que un estudiante pudiera ocultar una mujer en sus habitaciones sin que fuera descubierta inmediatamente. Cualquiera que fuese la explicación, se trataba de un asunto feo, y Smith, al volver a sus libros, decidió no alentar por más tiempo los intentos de intimar por parte de aquel vecino de palabras suaves y apariencia poco recomendable.

Pero su trabajo estaba destinado a ser interrumpido aquella noche. Apenas había retomado el hilo de sus estudios se escucharon en la escalera las pisadas firmes y vigorosas de alguien que subía de tres en tres los peldaños, y Hasie, con chaqueta y pantalón de franela, irrumpió en la habitación.

—¡Estudiando todavía! —dijo, recostándose en la silla de madera—. ¡Vaya pájaro empollón! Me parece que aunque se produjera un terremoto y Oxford quedase convertido en un sombrero de tres picos, tú te quedarías tan tranquilo sentado con tus libros en medio de las ruinas. Pero no te voy a aburrir demasiado. Tres bocanadas de tabaco y desaparezco.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Smith, rellenando su pipa y apretando el tabaco con el dedo índice.

—No demasiadas. Wilson ha hecho setenta por los novatos contra el once titular. Dicen que jugará en lugar de Buddicomb, porque Buddicomb está bajo de forma. Antes era capaz de lanzar, pero ahora no pasa de medias voleas y pelotas largas.

—Medio derecha —sugirió Smith, con esa gravedad que adoptan los universitarios cuando hablan de deportes.

—Se inclina con demasiada rapidez, con un movimiento de pierna. Alarga el brazo unas tres pulgadas o así. Era horrible cuando el terreno estaba húmedo. A propósito, ¿has oído lo de Long Norton?

—No. ¿De qué se trata?

—Le han atacado.

—¿Atacado?

—Sí, cuando volvía de High Street, a cien yardas de la verja del Oíd.

—Pero ¿quién...?

—¡Ah, ese es el problema! Si dijeras «qué», estaría más de acuerdo con la gramática. Norton jura que no era humano, y desde luego, al examinar los arañazos del cuello, me siento inclinado a darle la razón.

—Entonces... ¿qué ha sido? ¿O es que nos las tenemos que ver con fantasmas?

Abercrombie Smith resopló con el típico desprecio del hombre de ciencia.

—Bueno, no. No creo que se trate de eso, claro está. Más bien me inclino a pensar que si algún domador ha perdido últimamente un gran mono, y la bestia merodea por esta zona, el jurado le haría pagar una buena factura. Norton pasaba todas las noches por ese camino, a la misma hora. Las hojas de un árbol caen a poca altura del sendero... bueno, es el viejo olmo del jardín de Rainy. Norton está convencido de que aquella cosa saltó sobre él desde el olmo. Sea como sea, estuvo a punto de ser estrangulado por dos brazos que, según dice, eran tan fuertes y delgados como aros de acero. No vio nada, sólo aquellos brazos bestiales que le atenazaban. Gritó como un loco, hasta que llegaron corriendo dos compañeros y la cosa saltó por encima del muro, como si fuera un gato. En ningún momento pudo echarle la vista encima. Le dio un buen meneo a Norton, te lo aseguro. Le he dicho que eso ha sido tan bueno para él como una temporada en la playa.

—Habrá sido algún amigo de lo ajeno —dijo Smith.

—Es muy posible. Norton asegura que no, pero no nos importa lo que diga él. El asaltante tenía las uñas largas, y salta los muros con una elegancia maravillosa. A propósito, a ese vecino tuyo tan guapo le encantaría enterarse de lo ocurrido. Le tiene inquina a Norton, y por lo que sé de él, no es un hombre que olvide sus pequeñas deudas. Pero, bueno, viejo, ¿qué se te ha metido en la mollera?

—Nada —contestó Smith secamente. Smith había experimentado un sobresalto y en su rostro había aparecido como un relámpago la expresión de un hombre asaltado súbitamente por una idea desagradable.

—Parece como si algo de lo que he dicho te hubiera tocado en lo más hondo. A propósito, desde la última vez que te vi has hecho amistad con el señor B., ¿no es cierto? Monkhouse Lee me contó algo al respecto.

—Sí, le conozco superficialmente. Ha venido a visitarme una o dos veces.

—Bueno, eres ya mayorcito para cuidar de ti mismo. No es exactamente lo que yo llamaría un tipo recomendable, aunque, qué duda cabe, es muy inteligente y todo lo demás. Pero no tardarás en darte cuenta. Lee es buena persona... un chico honrado. En fin, ¡hasta la vista, amigo! El miércoles me enfrentaré con Mullins en la regata para la copa del *Vice-Chancellor*. Espero verte por allí, si es que no nos vemos antes.

El flemático Smith dejó su pipa y volvió a concentrarse tercamente en sus libros. Pero, a pesar de poner en ello toda la voluntad del mundo, le resultó muy difícil centrar la atención en el estudio. Su mente divagaba y se dirigía de forma obsesiva hacia el hombre que vivía debajo y hacia el pequeño misterio que rodeaba sus habitaciones. Entonces recordó la extraña agresión de la que había hablado Hastie y el rencor que, según se decía, abrigaba contra la víctima del ataque. Las dos ideas crecían indisolublemente unidas en su imaginación, como si hubiera entre ellas una conexión estrecha e íntima. Sin embargo, la sospecha era tan vaga y difusa que no podía concretarse en palabras.

—¡Al diablo con el tipo ese! —exclamó Smith mientras lanzaba el libro de patología al otro lado de la habitación—. Me ha estropeado la noche de estudio, y, aunque no hubiera otra razón, me parece suficiente para evitar cualquier contacto con él en el futuro.

Durante diez días el estudiante de medicina se sumergió de forma tan profunda en sus estudios que no vio ni oyó nada referente a sus vecinos de abajo. Puso especial cuidado en mantener la puerta cerrada a las horas en que Bellingham solía visitarle y, a pesar de que más de una vez oyó que alguien la golpeaba, rehusó de forma tajante responder a la llamada. Una tarde, sin embargo, cuando bajaba por la escalera, precisamente en el momento en que pasaba por delante de las habitaciones de Bellingham, la puerta se abrió de par en par y apareció el joven Monkhouse Lee echando chispas por los ojos y con las mejillas encendidas de rabia. Inmediatamente después apareció Bellingham, cuyo rostro abotargado y enfermizo se veía deformado por una pasión maligna.

—¡Estúpido! —protestó—. ¡Te arrepentirás!

—¡Puede ser! —exclamó el otro—. Que quede bien claro: esto se ha acabado. ¡No quiero ni oír hablar de ello!

—Pero has prometido...

—¡Oh, lo cumpliré! No diré nada. Sería mejor que mi hermana Eva estuviera en la tumba. De una vez por todas: esto se ha acabado. Ella hará lo que yo le diga. No queremos volver a verte.

Smith no pudo evitar enterarse de la disputa, pero continuó su camino como si nada, pues no deseaba verse involucrado en el asunto. Estaba claro que habían tenido una seria diferencia entre ellos y que Lee estaba decidido a convencer a su hermana para que rompiera el compromiso. Smith recordó la oportuna comparación de Hastie

sobre el sapo y la paloma y se alegró de que la relación estuviera a punto de romperse. No resultaba agradable mirar la cara de Bellingham cuando le daba un ataque de cólera. No era un hombre a quien se pudiera confiar una chica inocente para toda la vida. Mientras caminaba desanimado, Smith se preguntaba cuál podía haber sido la causa de la disputa y en qué consistía la promesa que había hecho Monkhouse Lee, ya que Bellingham mostraba un interés inusitado en que se cumpliera.

Era el día del enfrentamiento entre Hastie y Mullins en las regatas, y una riada de hombres se dirigía hacia las orillas del Isis. El sol de mayo resplandecía en el cielo, y el dorado sendero aparecía surcado por las negras sombras de los altos olmos. A ambos lados de la carretera se alzaban las fachadas grises de los colegios, como viejas madres entrecanas del saber universal que vigilan desde sus altas ventanas divididas con parteluces la marea de vida joven que pasa tan alegremente a su lado. Preceptores vestidos con ropajes oscuros, funcionarios orgullosos, pálidos profesores, jóvenes atletas de piel bronceada con sombreros de paja o jerseys blancos y chaquetas de vivos colores acudían presurosos hacia el sinuoso río que cruza las llanuras de Oxford.

Abercrombie Smith, con la intuición de un viejo remero, se situó en el punto donde sabía que se iba a librar la batalla, si es que había batalla. Oyó a lo lejos el murmullo que anunciaba la salida, el bramido creciente de la multitud a medida que se acercaban, el retumbar de los pies que corrían y los gritos de los hombres que se encontraban en los botes. Pasó ante sus narices un grupo de corredores medio vestidos, respirando trabajosamente, y, al mirar por encima de sus cabezas, vio que Hastie remaba de forma uniforme, a treinta y seis, mientras que su oponente, con un desigual cuarenta, marchaba a una canoa de distancia detrás de él. Smith animó con entusiasmo a su amigo, sacó el reloj del bolsillo y se disponía a regresar a sus habitaciones cuando sintió que alguien le golpeaba el hombro. El joven Monkhouse Lee estaba a sus espaldas.

—Te he visto desde allí —dijo con voz tímida y desolada—. Quería hablar contigo, si es que puedes dedicarme media hora. Aquella casita de campo es mía. La comparto con Harrington, del King. Entra y toma una taza de té.

—Debo regresar enseguida —dijo Smith—. Tengo mucho que estudiar en este momento, pero me quedaré con gusto unos minutos. He salido porque Hastie es amigo mío.

—También es amigo mío. ¡Qué estilo tan magnífico tiene! Mullins no estuvo a su altura. Pero... entra en la casa. Es una pequeña madriguera, pero se estudia de maravilla durante los meses de verano.

Era una construcción pequeña, cuadrada, de paredes blancas y puertas y persianas verdes, con un enrejado rústico en el porche y situada a unas cincuenta yardas de la orilla del río. En el interior, la habitador principal había sido arreglada más o menos como estudio: una mesa de madera de pino, estanterías sin pintar para los libros y unos cuantos óleos baratos colgados en las paredes. Una cacerola hervía sobre un calentador de alcohol y en una bandeja dispuesta encima de la mesa se veía un juego completo de té.

—Siéntate en esa silla y coge un cigarrillo —dijo Lee. Déjame que te sirva una taza de té. Has sido muy amable al venir, pues ya sé que no te sobra el tiempo. Quería

decirte que si yo estuviera en tu caso cambiaría inmediatamente de habitaciones.

—¿Qué...?

Smith se le quedó mirando con una cerilla encendida en la mano y el cigarrillo sin prender en la otra.

—Sí, comprendo que te parezca muy extraño, y lo peor de todo es que no puedo revelarte las razones, porque debo atenerme a los términos de una solemne promesa... sí, una promesa muy solemne. No obstante, puedo decirte al menos que no creo que sea prudente vivir cerca de Bellingham. Mientras sea posible, tengo intención de alojarme aquí, por lo menos hasta que pase un tiempo.

—¿Que no es prudente? ¿Qué quieres decir?

—Eso es precisamente lo que no puedo decirte. Pero hazme caso y cámbiate de habitaciones. Hoy hemos tenido una buena bronca. Debes de habernos oído, porque bajabas la escaleras en ese momento.

—Vi cómo os peleabais.

—Es un tipo horrible, Smith. Es la única palabra que le cuadra. He tenido mis dudas acerca de él desde la noche aquella que se desmayó... ¿recuerdas? La noche que bajaste a ayudarle. Hoy le acusé abiertamente y me dijo cosas que me pusieron los pelos de punta, y encima quiso que me aliase con él. No es que yo sea un hombre estrecho de ideas, pero soy hijo de un clérigo, como ya sabes, y creo que hay cosas inaceptables desde cualquier punto de vista. Doy gracias a Dios por haberlo descubierto antes de que fuera demasiado tarde, porque iba a casarse con mi hermana.

—Todo eso está muy bien, Lee —dijo Abercrombie Smith secamente—. Pero todavía no sé si has dicho mucho más de lo que debías o demasiado poco.

—Te he hecho una advertencia.

—Si existiera un motivo real para la advertencia, ninguna promesa puede ligarte. Si yo descubro a un canalla que está dispuesto a volar un edificio con dinamita, no hay juramento que me impida evitarlo.

—Sí, pero es que yo no puedo evitarlo, y lo único que puedo hacer es advertirte a ti.

—Pero sin decirme contra qué me previenes.

—Contra Bellingham.

—Todo esto es una majadería. ¿Por qué iba a temer a Bellingham, o a cualquier otro hombre?

—No puedo decírtelo. Sólo te pido que cambies de habitaciones. Estás en peligro. No quiero decir que Bellingham tenga intención de causarte daño, pero podría suceder, porque precisamente ahora se ha vuelto un vecino peligroso.

—Quizá yo sepa más de lo que te imaginas —dijo Smith, mirando fijamente la cara seria y juvenil de aquel muchacho—. Supongamos que te digo que alguien comparte las habitaciones de Bellingham...

Monkhouse Lee saltó de su silla, presa de una emoción incontrolable.

—¿Lo sabes, entonces? —jadeó.

—Una mujer.

Lee se dejó caer de nuevo en su silla, con un gemido.

—Mis labios están sellados —dijo—. No debo hablar.

—Bueno, en cualquier caso —dijo Smith, levantándose— no es probable que pueda llegar a asustarme tanto como para abandonar unas habitaciones en las que me encuentro tan a gusto. Sería una debilidad por mi parte trasladarme con todas mis cosas sólo porque tú afirmes que Bellingham, de una manera inexplicable, pueda causarme algún daño. Correré el riesgo y me quedaré donde estoy. Veo que son casi las cinco, te ruego que me disculpes.

Se despidió del joven con algunas frases breves y emprendió el camino de regreso a casa envuelto en la suave atmósfera del atardecer de un día de primavera, sintiéndose medio enojado y medio divertido, como cualquier otro hombre fuerte y poco imaginativo que se ve amenazado por un vago y sombrío peligro.

Abercrombie Smith se permitía siempre una pequeña libertad a pesar de las rigurosas exigencias que le imponían sus estudios. Dos veces a la semana, los martes y los viernes, tenía la invariable costumbre de ir caminando hasta Farlingford, residencia del doctor Plumbtree Peterson, que se encontraba aproximadamente a una milla y media de Oxford. Peterson había sido amigo íntimo de Francis, el hermano mayor de Smith, y como era soltero y muy rico, con una buena bodega y una biblioteca todavía mejor, su casa resultaba una meta de lo más agradable para un hombre que tenía necesidad de regalarse con un buen paseo. Así pues, dos veces por semana el estudiante de medicina se adentraba por los oscuros senderos de la región y pasaba una hora agradable en el confortable estudio de Peterson, comentando con un vaso de viejo oporto los chismorreos de la Universidad o los últimos progresos de la medicina o la cirugía.

El día siguiente a su entrevista con Monkhouse Lee, Smith cerró sus libros a las ocho y cuarto, hora en que por lo general emprendía el camino hacia casa de su amigo. Sin embargo, cuando salía de la habitación, sus ojos se fijaron en uno de los libros que Bellingham le había prestado y le remordió la conciencia por no habérselo devuelto. Por despreciable que pudiera ser aquel hombre, no era justo tratarle con descortesía. De modo que cogió el libro, bajó las escaleras y golpeó la puerta de su vecino. No obtuvo respuesta; pero al accionar el picaporte vio que no estaba cerrada con llave. Satisfecho con la perspectiva de ahorrarse una entrevista, entró y dejó el libro, junto con una tarjeta de visita, encima de la mesa.

La lámpara estaba medio apagada, pero Smith podía ver con claridad los detalles de la habitación. Todo estaba más o menos como lo había visto la última vez: el friso, los dioses con cabezas de animales, el cocodrilo colgado y la mesa desordenada, llena de papeles y hojas secas. La caja de la momia estaba de pie contra la pared, pero la momia había desaparecido. No había ninguna señal que delatase que allí se alojaba alguna otra persona, y, al retirarse, Smith tuvo la sensación de que probablemente se había comportado de forma injusta con Bellingham. Si tuviera un secreto inconfesable que guardar, no habría dejado la puerta abierta, exponiéndose a que

cualquiera pudiera entrar.

La escalera de caracol estaba oscura como boca de lobo, y Smith bajaba despacio, tanteando los escalones irregulares, cuando, súbitamente, tuvo la impresión de que algo había pasado a su lado en la oscuridad. Oyó un ruido muy débil, un soplo de aire, un leve roce en el codo, pero tan leve que no estaba seguro del todo. Se paró y escuchó con atención, pero el viento susurraba entre la hiedra y no pudo escuchar nada más.

—¿Es usted, Styles? — gritó.

No hubo respuesta; a sus espaldas reinaba un silencio absoluto. Debía de haber sido una repentina ráfaga de aire, porque la vieja torre estaba llena de grietas y agujeros. Sin embargo, habría jurado que escuchó un ruido de pasos a su lado. Por fin salió al cuadrilátero del edificio, pero todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando vio que alguien venía corriendo a su encuentro por el césped recién cortado.

—¿Eres tú, Smith?

—¡Hola, Hastie!

—¡Por Dios, ven inmediatamente! ¡Lee se ha ahogado! Harrington, del King, me ha dado la noticia. El doctor ha salido. Tendrás que atenderle tú, pero ven inmediatamente. Tal vez le quede todavía un poco de vida.

—¿Tienes brandy?

—No.

—Yo lo llevaré. Tengo una botella en mi mesa.

Smith subió las escaleras de tres en tres, cogió la botella y echó a correr escaleras abajo. Al pasar por delante de la habitación de Bellingham sus ojos repararon en un detalle que le dejó aturdido y sin respiración en el descansillo.

La puerta, que él había cerrado al salir, estaba abierta ahora, y justamente enfrente de él, iluminada por la lámpara, se veía la caja de la momia. Hacía apenas tres minutos estaba vacía. Podía jurarlo. Ahora enmarcaba el macilento cuerpo de su horrible ocupante. Estaba de pie, rígido, espantoso, con su rostro renegrido y arrugado de cara a la puerta. El cuerpo se veía sin vida e inerte, pero, según le miraba, a Smith le parecía que todavía brillaba una lucecita de vitalidad, un asomo de conciencia en aquellos pequeños ojos que acechaban desde las profundidades de las cuencas. Se quedó tan asombrado y atónito que olvidó el motivo de su regreso, y seguía allí, contemplando aquel cuerpo descarnado y marchito, cuando la voz de su amigo le hizo volver en sí.

—¡Vamos, Smith! —gritó desde abajo—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Date prisa! —Y cuando el estudiante de medicina reapareció, añadió—: Venga, vamos corriendo. Está a menos de una milla, y tenemos que llegar en cinco minutos. Es mejor correr para salvar una vida humana que para ganar una copa.

Hombro con hombro se lanzaron a través de la oscuridad y no se detuvieron hasta llegar, jadeantes y agotados, a la casita del río. El joven Lee, fláccido y chorreante como una planta acuática rota, se hallaba tendido encima del sofá, con los negros cabellos llenos de verdín del río y una orla de espuma blanca sobre sus labios

cárdenos. Junto a él estaba arrodillado Harrington, frotándole para devolver un poco de calor a sus rígidos miembros.

—Creo que todavía le queda un poco de vida —dijo Smith, pasándole la mano por un costado—. Ponle en la boca el cristal de tu reloj. Sí, se ha empañado. Cógele de un brazo, Hastie. Ahora flexiónalo igual que yo, y no tardará en recuperar el conocimiento.

Durante diez minutos trabajaron en silencio, hinchando y deshinchando los pulmones del joven inconsciente. Por fin, el cuerpo se estremeció, los labios le temblaron y abrió los ojos. Los tres estudiantes estallaron en un irreprimible grito de triunfo.

—¡Despierta, viejo! ¡Ya nos has asustado bastante!

—Bebe un poco de brandy. Toma un trago de la botella.

—Ya está repuesto —dijo su compañero Harrington—. ¡Cielos, qué susto me he llevado! Estaba leyendo aquí. El había salido a pasear por el río, y al rato escuché un grito y un chapoteo. Salí corriendo, y cuando logré encontrarlo y sacarlo del agua, me pareció que estaba ya sin vida. Simpson no podía ir a llamar al doctor porque está con una pierna rota, de modo que tuve que salir corriendo yo y no sé lo que habría hecho si no llego a encontrarme con vosotros. Está bien, viejo. Siéntate.

Monkhouse Lee se había incorporado con ayuda de las manos y miraba con ojos espantados a su alrededor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. He estado en el agua. Ah, sí. Ya recuerdo.

Una expresión de miedo apareció en sus ojos y ocultó la cara entre las manos.

—¿Cómo te caíste?

—No me caí.

—¿Entonces...?

—Me tiraron. Yo estaba de pie junto a la orilla. Alguien, desde atrás, me levantó como una pluma y me tiró. No oí nada ni vi nada. Pero sé qué era a pesar de todo.

—Y yo también —susurró Smith.

Lee levantó los ojos y le miró con sorpresa.

—¿Lo has descubierto, entonces? —dijo—. ¿Recuerdas el aviso que te di?

—Sí, y empiezo a pensar que me lo tomaré en serio.

—No sé de qué diablos estáis hablando —dijo Hastie—, pero, si yo estuviera en tu lugar, Harrington, llevaría inmediatamente a la cama a Lee. Ya habrá tiempo de sobra para discutir las razones cuando se encuentre más fuerte. Creo, Smith, que tú y yo debemos dejarle solo ahora. Yo voy a regresar andando al colegio; si vas en la misma dirección podemos charlar un rato.

Pero fue muy poco lo que hablaron en el camino de regreso. Smith estaba demasiado preocupado por los incidentes de la tarde: la ausencia de la momia de la habitación de su vecino, los pasos que creyó escuchar junto a él en la escalera, la

reaparición —la extraordinaria, la inexplicable reaparición de aquella cosa horrible— y, finalmente, la agresión a Lee, que se correspondía perfectamente con la que había sufrido aquel otro hombre que había desatado la ira de Bellingham. Todas estas cosas ocupaban sus pensamientos, junto con otros pequeños incidentes que le habían predispuesto contra su vecino y las extrañas circunstancias en que fue llamado por primera vez para auxiliarle. Lo que antes había sido una sospecha indeterminada, una vaga y fantástica conjetura, había tomado forma de pronto y se destacaba en su mente como un hecho irrefutable, como una realidad que no podía ser negada. Y, sin embargo, ¡qué monstruoso e increíble! ¡Y cuán alejado de los límites de la experiencia humana! Un juez imparcial, incluso el amigo que caminaba a su lado, le diría simplemente que sus sentidos se habían equivocado, que la momia había estado allí todo el tiempo, que el joven Lee se había caído al río exactamente igual que cualquier otro hombre puede caerse a un río y que el mejor remedio para los desarreglos del hígado es una píldora azul. Sabía que él mismo habría dicho algo parecido si sus posiciones estuvieran invertidas. Aun así, estaba dispuesto a jurar que Bellingham, en lo más profundo de su corazón, era un asesino, y que manejaba un arma que nadie hasta entonces había empleado en la historia del crimen.

Hastie se dirigió hacia sus habitaciones tras hacer unos cuantos comentarios irónicos y enfáticos acerca de la insociabilidad de su amigo, y Abercrombie Smith cruzó el cuadrilátero en dirección a la torre con un fuerte sentimiento de repulsión hacia todo lo relacionado con sus habitaciones. Seguiría el consejo de Lee y se trasladaría lo antes posible, porque ¿cómo iba a ser capaz de estudiar si sus oídos iban a estar constantemente atentos a cualquier murmullo o pisada que se produjese en el piso de abajo? Mientras cruzaba el césped reparó en que la luz estaba encendida todavía en la ventana de Bellingham. En el preciso momento en que pasaba por delante de la puerta, ésta se abrió y apareció el mismísimo Bellingham. Su cara rechoncha y maligna parecía una araña hinchada que acaba de tejer su ponzoñosa tela.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quieres entrar?

—No —exclamó Smith con vehemencia.

—¿No? ¿Sigues tan atareado como siempre? Quería preguntarte por Lee. Estoy muy preocupado... He oído rumores de que le había sucedido algo malo.

Sus facciones tenían una expresión de seriedad, pero mientras hablaba sus ojos no podían ocultar una alegría encubierta. Smith se dio cuenta de ello y le entraron ganas de golpearle.

—Te preocupará todavía más saber que Monkhouse Lee se está recuperando y que está fuera de peligro —contestó—. Tus diabólicos trucos no han dado resultado esta vez. Oh, no es necesario que te defiendas con argumentos descarados. Lo sé todo.

Bellingham dio un paso atrás, apartándose del irritado estudiante y cerró la puerta a medias, como para protegerse.

—Estás loco —dijo—. ¿Adonde quieres ir a parar? ¿Te atreves a afirmar que he tenido algo que ver con el accidente de Lee?

—Sí —bramó Smith—. Tú y ese saco de huesos que está detrás de ti. Lo habéis hecho entre los dos. Escúchame bien, señor B., ya no se quema a los individuos de tu calaña, pero todavía tenemos el verdugo, y si en este colegio aparece algún hombre

muerto mientras tú estás aquí, ¡por Cristo que haré que te detengan!, y no será por mi causa si no te ahorcan por ello. Ya te darás cuenta de que tus inmundos trucos egipcios no resultan en Inglaterra.

—Estás loco de atar —dijo Bellingham.

—Está bien. Pero recuerda lo que acabo de decirte, porque yo cumpliré mi palabra.

La puerta se cerró de golpe y Smith subió echando humo a sus habitaciones. Después cerró la puerta con llave y pasó la mitad de la noche fumando en su vieja pipa y reflexionando sobre los extraños acontecimientos de aquella tarde.

A la mañana siguiente, Abercrombie Smith no tuvo noticias de su vecino, pero por la tarde recibió la visita de Harrington, que le informó de la recuperación casi completa de Lee. Smith pasó todo el día trabajando, pero al atardecer decidió hacerle una visita a su amigo, el doctor Peterson, ya que había tenido que suspenderla la noche anterior. Un buen paseo y una charla amistosa serían bien recibidos por sus nervios excitados.

La puerta de Bellingham estaba cerrada, pero se volvió a mirar cuando se encontró a una distancia prudencial de la torre, y distinguió la cabeza de su vecino, que se recortaba contra el fondo luminoso de la lámpara. Parecía tener la cara apretada contra el cristal, como si estuviera escrutando la oscuridad. Era una verdadera satisfacción perder todo contacto con aquel hombre, aunque sólo fuera durante unas horas, así que Smith echó a andar con paso rápido, aspirando a pleno pulmón él suave aire primaveral. La media luna surgía por el poniente, entre dos agujas góticas y proyectaba sobre el pavimento plateado de la calle las negras tracerías talladas en la piedra de los altos edificios. Soplaba una fuerte brisa y el cielo aparecía surcado por nubes ligeras y algodonosas. El Old College estaba en el límite de la ciudad, y en cinco minutos Smith se encontraba más allá de las casas, caminando entre los setos de la carretera de Oxfordshire, que despedían una fragancia propia del mes de mayo.

La carretera que llevaba a casa de su amigo era solitaria y poco frecuentada. Aunque era temprano todavía, Smith no encontró ni un alma en su camino. Caminó con paso rápido hasta llegar a la puerta exterior que daba paso al largo camino de grava que conducía a Farlingford. Frente a él, la luz rojiza y acogedora de las ventanas brillaba entre el follaje. Durante unos instantes se quedó parado ante la puerta batiente con la mano en el picaporte, y se volvió para mirar la carretera por donde había venido. Algo avanzaba por ella rápidamente.

Una figura negra y encogida, que apenas se distinguía contra el fondo oscuro, se movía en la sombra del seto, silenciosa y furtiva. Mientras la miraba, la sombra había avanzado una veintena de pasos, y seguía acercándose. En medio de la oscuridad vislumbró un cuello descarnado y aquellos dos ojos que le perseguirían por siempre en sus pesadillas. Lanzó un grito de terror y echó a correr por la avenida de grava, como si le fuera en ello la vida. Allí estaban las luces rojas, como señales de salvación, a menos de un tiro de piedra. Era un corredor afamado, pero jamás había corrido como corrió esa noche.

La pesada puerta se había cerrado a sus espaldas, pero oyó que se volvía a abrir para dejar paso a su perseguidor. Mientras corría salvajemente en la oscuridad, podía escuchar a sus espaldas un trote rápido y seco, y al mirar hacia atrás vio que aquel horror que le perseguía iba dando saltos, como un tigre, con los ojos llameantes y un

brazo fibroso extendido hacia adelante. Gracias a Dios, la puerta estaba entreabierta. Smith pudo ver la fina franja de luz que proyectaba la lámpara del vestíbulo. A sus espaldas se escuchaba cada vez más cerca aquel siniestro pataleo. De pronto, casi pegado a su hombro, sintió un ronco gorgoteo. Dio un grito de espanto, se precipitó contra la puerta, la cerró de un golpe y echó el cerrojo. Después cayó medio desmayado en el sillón del vestíbulo.

—¡Dios mío, Smith! ¿Qué ocurre? —preguntó Peterson, desde la puerta del despacho.

—¡Dame un poco de brandy!

Peterson desapareció y volvió a salir en seguida con un vaso y una jarra.

—Ya veo que lo necesitas —dijo, mientras el visitante se bebía de un trago el vaso que le había servido—. Pero, hombre, ¡estás más pálido que un queso!

Smith dejó el vaso, se levantó y respiró profundamente.

—Ya vuelvo a ser el mismo —dijo—. No he sentido tanto miedo en toda mi vida. Con tu permiso, Peterson, pasaré aquí la noche, porque no creo que tenga valor para adentrarme otra vez por ese camino, a no ser a la luz del día. Es una debilidad, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Peterson contempló a su visitante con mirada interrogativa.

—Desde luego que puedes dormir aquí, si lo deseas. Le diré a Mrs. Burney que te prepare la cama. ¿Dónde vas ahora?

—Ven conmigo a la ventana de arriba. Desde allí se ve la puerta. Quiero que veas lo que yo he visto.

Fueron a la ventana del vestíbulo del piso superior, desde la que se dominaban los accesos a la casa. La avenida y los campos, a uno y otro lado, estaban tranquilos y silenciosos, bañados en el apacible claro de luna.

—Bueno, Smith —observó Peterson—, realmente me alegro de saber que eres abstemio. ¿Qué demonios te ha asustado tanto?

—Te lo diré dentro de un momento. Pero ¿dónde puede haber ido? ¡Ah, mira ahora, mira! Mira hacia la curva de la carretera, un poco más allá de la puerta de entrada.

—Sí, lo veo. No es necesario que me arranques el brazo. Alguien ha pasado por allí. Yo diría que se trata de un hombre, bastante delgado, aparentemente, y alto, muy alto. Pero ¿quién es? ¿Y qué te pasa a ti, que estás temblando como la hoja de un álamo?

—He estado a punto de caer en las garras del demonio, eso es todo. Pero bajemos a tu estudio y te contaré toda la historia.

Así lo hizo. Bajo la acogedora luz de la lámpara, con un vaso de vino en la mesa y frente al rostro rubicundo de su voluminoso amigo, Smith fue narrando, tal y como sucedieron, todos los acontecimientos, grandes y pequeños, que habían formado esa singular cadena desde la noche que se encontró a Bellingham desmayado frente a la caja de la momia hasta la horrible experiencia que había tenido lugar una hora antes.

—Y éste es todo el maldito asunto —dijo para terminar—. Es monstruoso e increíble, pero cierto.

El doctor Plumptree Peterson permaneció sentado en silencio durante un rato, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—¡No he escuchado una cosa semejante en toda mi vida! ¡Nunca! —dijo al fin—. Me has contado los hechos. Ahora explícame las consecuencias.

—Puedes sacar tus propias conclusiones.

—Pero quiero saber cuáles son las tuyas. Tú has reflexionado sobre el tema y yo no.

—Bien, tendré que ser un poco impreciso en los detalles, pero los puntos principales me parecen bastante claros. Ese tal Bellingham, en el curso de sus estudios orientales, ha conseguido hacerse con algún secreto infernal, mediante el cual una momia —o, posiblemente, esta momia en particular— puede ser devuelta temporalmente a la vida. Estaba ensayando estas repugnantes manipulaciones la noche que se desmayó. No cabe duda de que le traicionaron los nervios al ver a esa criatura moverse, a pesar de que lo esperaba. Recuerda que las primeras palabras que pronunció al volver en sí fueron para calificarse de estúpido. Bien, posteriormente se fue haciendo más fuerte y llevó a cabo la tarea sin desmayarse. La vitalidad que conseguía devolver a la momia era, evidentemente, pasajera, porque yo la veía siempre dentro de su caja, y estaba tan muerta como esta mesa. Imagino que se trata de un proceso muy complicado, en virtud del cual se produce el fenómeno. Cuando lo hubo conseguido, se le ocurrió que podía utilizar a aquel ser como un agente. Tiene inteligencia y fuerza. Con algún propósito determinado, confió su secreto a Lee, pero Lee, que es un cristiano de buena ley, no quiso saber nada de un asunto semejante. Entonces se pelearon, y Lee le prometió que revelaría a su hermana cuál era su verdadero carácter. La única jugada que le quedaba a Bellingham era impedirlo, de modo que envió a la criatura en su persecución, y estuvo a punto de conseguirlo. Ya antes había probado sus poderes en otro hombre, en Norton, contra el que todavía sentía rencor. Ha sido una pura suerte que no tenga dos asesinatos sobre su conciencia. Más tarde, cuando yo le acusé abiertamente, tuvo las más poderosas razones para quitarme de en medio, antes de que yo pudiera comunicarle a alguien lo que sabía. Vio la oportunidad cuando salí, pues conoce mis costumbres y sabía hacia dónde me dirigía. Me he salvado por un pelo, Peterson, y ha sido una verdadera suerte que no me hayas encontrado tirado en el escalón de tu puerta mañana. No soy un hombre nervioso, pero jamás creí que iba a tener tanto miedo a la muerte como lo he tenido esta noche.

—Mi querido amigo, te has tomado el asunto con demasiada seriedad —dijo su compañero—. Tus nervios están alterados por el efecto de tanto trabajo y le das una importancia desmesurada a lo ocurrido. ¿Cómo es posible que una cosa semejante se pasee por las calles de Oxford, incluso de noche, sin que nadie la vea?

—La han visto. Y hay un gran revuelo en la ciudad con el asunto de un mono fugitivo, pues eso imaginan que es la criatura. No se habla de otra cosa.

—Bueno, la sucesión de acontecimientos es sorprendente. Pero, aun así, querido, tienes que admitir que cada uno de los incidentes, por separado, es susceptible de una explicación natural.

—¡Cómo! ¿Incluso mi aventura de esta noche?

—Ciertamente. Sales con los nervios desatados y con la cabeza llena de esas teorías tuyas. Algún vagabundo famélico y medio muerto de hambre te sigue furtivamente, y, después, al verte correr, se anima y te persigue. El resto es cosa de tu imaginación y tus temores.

—No es así, Peterson, no es así.

—Otro incidente. Por ejemplo, el que encontrases la caja de la momia vacía y unos instantes después estuviera ocupada. La habitación se hallaba iluminada por la luz de la lámpara, y ésta estaba casi apagada. Tú no tenías ninguna razón especial para fijarte en la caja. Es muy posible que no repararas en la momia la primera vez que miraste.

—No, no. Eso está descartado.

—Es posible que Lee se cayese simplemente al río y que Norton fuese atacado por un delincuente. En verdad, la acusación que le haces a Bellingham es enorme, pero si la presentases ante un comisario de policía se limitaría a reírse, en tu propia cara.

—Ya lo sé. Y por esa razón estoy dispuesto a resolver el asunto por mi cuenta.

—¿Eh?

—Sí. Creo que pesa sobre mí un deber público, y, además, debo hacerlo por mi propia seguridad, a menos que permita que una bestia me eche del colegio, lo cual sería una lamentable debilidad. Tengo ya decidido lo que he de hacer. En primer lugar, ¿puedo utilizar tu papel y tus plumas durante una hora?

—Desde luego. Encontrarás todo lo que necesitas en esa mesa lateral.

Abercrombie Smith se sentó ante un pliego de papel tamaño folio; durante dos horas su pluma trabajó con velocidad por la superficie del mismo. Fue rellenando página tras página y colocándolas a un lado, mientras su amigo, recostado en un sillón, le miraba con tranquila curiosidad. Al final, con una exclamación de satisfacción, Smith se levantó de un salto, puso sus papeles en orden y depositó el último encima del escritorio de Peterson.

—Ten la amabilidad de firmar como testigo —dijo.

—¿Como testigo? ¿De qué?

—De la autenticidad de mi firma y de la fecha. La fecha es lo más importante. En fin, Peterson, mi vida podría depender de ello.

—Mi querido Smith, hablas de una manera insensata. Hazme caso y acuéstate.

—Todo lo contrario: en mí vida he hablado de forma tan juiciosa. Y te prometo que en cuanto hayas firmado me iré a la cama.

—Pero ¿qué es?

—Es una declaración de todo lo que te he contado esta noche. Me gustaría que lo atestiguaras.

—Desde luego —dijo Peterson, estampando su nombre debajo del de su

compañero—. Ahí lo tienes. Pero ¿qué te propones con ello?

—Tú me harás el favor de guardarlo, y lo presentarás en caso de que me arresten.

—¿Arrestarte? ¿Por qué?

—Por asesinato. Entra dentro de lo posible. Quiero estar preparado para cualquier eventualidad. Sólo hay un camino abierto para mí, y estoy decidido a seguirlo.

—¡Por amor de Dios, no hagas ninguna locura!

—Créeme, sería mucho más temerario adoptar cualquier otra resolución. Espero que no sea necesario molestarte, pero me quito un gran peso de encima al saber que tú tienes la declaración que explica mis motivos. Y ahora estoy dispuesto a seguir tu consejo e irme a descansar, porque quiero encontrarme en plena forma mañana.

* * *

Desde luego, no era agradable tener a Abercrombie Smith como enemigo. De natural lento y templado, se convertía en un hombre formidable cuando entraba en acción. En todas las empresas de la vida empleaba la misma resolución meditada que le distinguía como estudiante de ciencias. Había suspendido sus estudios por un día, pero estaba decidido a no desperdiciarlo. No dijo a su anfitrión ni una sola palabra acerca de sus planes, pero a las nueve en punto de la mañana se encontraba ya en la carretera de Oxford.

Al pasar por High Street se detuvo en la armería de Clifford y compró un pesado revólver y una caja de municiones. Introdujo seis de ellas en el tambor, dejó el arma medio amartillada y se la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Después se dirigió a las habitaciones de Hastie, donde desayunaba tranquilamente el fornido remero con el *Sporting Times* apoyado contra la cafetera.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Quiero que vengas conmigo, Hastie, y que hagas todo lo que te pida.

—Cuenta con ello, amigo.

—Y llévate el garrote más pesado que tengas.

—¡Mira! —señaló Hastie—. Con éste de caza se puede tumbar a un buey.

—Una cosa más. Tú tienes un estuche de cuchillos de amputar. Dame el más largo de ellos.

—Ahí está. Por lo que se ve, estás en plan de guerra. ¿Alguna cosa más?

—No. Es suficiente.

Smith se guardó el cuchillo en el interior de la chaqueta y se dirigieron hacia el cuadrilátero.

—Ni tú ni yo somos cobardes, Hastie —dijo—. Creo que puedo hacer el trabajo

solo, pero te he traído por precaución. Voy a tener una pequeña charla con Bellingham. Si me enfrento solamente con él, no necesitaré tu ayuda, desde luego. Pero... si grito, sube inmediatamente y ponte a repartir garrotazos con todas tus fuerzas. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Si te oigo gritar, subo.

—Espera aquí, entonces. Quizá tarde un poco, pero no te muevas hasta que baje.

—Soy una estatua.

Smith subió las escaleras, abrió la puerta de Bellingham y pasó al interior. Bellingham estaba sentado detrás de la mesa, escribiendo. A su lado, entre el revoltijo de sus extrañas posesiones, se alzaba la caja de la momia, con la etiqueta número 249 pegada todavía en la pared frontal y su repulsivo ocupante en el interior, rígido y tieso. Smith miró con precaución a su alrededor, cerró la puerta, echó el cerrojo y se dirigió hacia la chimenea. Después prendió una cerilla y encendió el fuego. Bellingham seguía sentado, mirándole atentamente, con una expresión de sorpresa y rencor en su abotargado rostro.

—Bien, por lo que veo te comportas como si estuvieras en tu propia casa —dijo con voz entrecortada.

Smith se sentó tranquilamente y colocó su reloj encima de la mesa. Después sacó el revólver, accionó el martillo y lo colocó sobre sus rodillas. A continuación sacó el largo cuchillo del interior de su chaqueta y lo lanzó sobre la mesa, delante de Bellingham.

—Ahora —dijo— vas a tener que ponerte a trabajar. Tienes que despedazar esa momia.

—Oh, ¿se trata de eso? —dijo Bellingham con una risa burlona.

—Sí, se trata de eso. Me han asegurado que la ley no puede hacer nada contra ti. Pero yo tengo una ley que pondrá las cosas en su sitio. Si dentro de cinco minutos no te has puesto manos a la obra, te juro por Dios que te atravesaré el cráneo de una balazo.

—¿Serías capaz de asesinarme?

Bellingham se había medio levantado y su rostro tenía ahora el color de la masilla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para evitar que cometas más crímenes. Ha pasado un minuto.

—Pero ¿qué he hecho?

—Los dos lo sabemos.

—Eso es una fanfarronada.

—Han pasado dos minutos.

—Pero tienes que darme alguna razón. Eres un loco... un loco peligroso. ¿Por qué

voy a destrozar una cosa que es de mi propiedad? Es una momia muy valiosa.

—Pues tienes que cortarla en pedazos y quemarla.

—No haré tal cosa.

—Han pasado cuatro minutos.

Smith empuñó la pistola y miró a Bellingham con una expresión de inexorable determinación. Cuando la segunda manecilla del reloj avanzó, levantó la mano y colocó el dedo sobre el gatillo.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haré! —gritó Bellingham.

Cogió el cuchillo con frenética rapidez y empezó a dar cortes en el cuerpo de la momia, volviendo constantemente la cara para encontrarse siempre pon el ojo y el arma de su terrible vecino. La momia crujía y saltaba en pedazos a cada corte del afilado cuchillo. Un polvo denso y amarillento se desprendió de ella. Las especias y las esencias secas llovieron sobre el suelo. De pronto, con un chasquido desgarrador, el espinazo saltó en pedazos y la momia cayó al suelo, convertida en un oscuro amasijo de miembros revueltos.

—¡Ahora al fuego! —dijo Smith.

Las llamas saltaron y crepitaron cuando los restos, resecos como yesca, fueron apilados encima del fuego. La habitación parecía el cuarto de calderas de un vapor, y los dos hombres tenían el rostro bañado de sudor. Pero uno de los hombres seguía agachado, trabajando, mientras el otro le vigilaba sentado, con expresión decidida. El fuego despedía un humo espeso y grasiento y la habitación se llenó de un fuerte olor a resina quemada y cabellos chamuscados. Al cabo de un cuarto de hora sólo quedaban unos trozos renegridos y quebradizos del lote número 249.

—Supongo que estás satisfecho —gruñó Bellingham, que miraba a su torturador con una expresión de odio y temor en sus ojillos grises.

—No. Deben ser destruidos todos tus materiales. Tenemos que impedir que vuelvas a utilizar tus trucos diabólicos. ¡Al fuego con todas esas hojas! Seguro que tienen algo que ver con el asunto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bellingham, cuando las hojas fueron arrojadas a las llamas.

—Ahora el rollo de papiro que tenías encima de la mesa aquella noche. Creo que está en ese cajón.

—¡No, no! —gritó Bellingham—. ¡No lo quemes! No sabes lo que haces. Es único. La sabiduría que contiene no se puede encontrar en ninguna otra parte.

—¡Al fuego con él!

—Pero, escucha, Smith, no puedes hacer eso. Compartiré sus secretos contigo. Te enseñaré a utilizar sus poderes. ¡Oh, detente! ¡Déjame sacar una copia antes de que lo quemes!

Smith se dirigió hacia el cajón y giró la llave de la cerradura. Sacó el amarillento rollo de papiro, lo echó al fuego y lo aplastó con el tacón. Bellingham lanzó un

alarido e intentó rescatarlo, pero Smith le empujó hacia atrás y permaneció vigilante hasta que lo vio reducido a una informe capa de ceniza gris.

—Bien, señor B. —dijo—, creo que te he arrancado los dientes. Te las verás conmigo si vuelves a utilizar tus viejos trucos. Y ahora, buenos días, porque debo volver a mis estudios.

Esta es, pues, la narración de Abercrombie Smith sobre los extraordinarios sucesos que tuvieron lugar en el Old College de Oxford, en la primavera de 1884. Como Bellingham abandonó la Universidad inmediatamente y se encuentra en el Sudán, según las últimas noticias, no hay nadie que pueda contradecir su declaración. Pero la sabiduría de los hombres es escasa y los caminos de la Naturaleza harto extraños. ¿Quién se atreverá a poner un límite a las cosas ocultas que pueden ser descubiertas por los que se dedican a buscarlas?

FIN